



IMAGEM: Sergejs Babikovs

Violencia entre adolescentes en el contexto escolar

ENTREVISTA DE Ilana Lemos de Paiva

CON Juana María Guadalupe Mejía-Hernández

Ilana Lemos de Paiva: Me gustaría que nos hablase un poco acerca de su carrera académica y su labor investigativa. En especial, ¿qué tipo de proyectos ha desarrollado en cuanto a la violencia entre adolescentes?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Comencé mi carrera académica estudiando Psicología, en una universidad estatal, en el norte del país, en el estado de Coahuila-México. Allí trabajé en un proyecto comunitario con mujeres y después de mi graduación pasé a trabajar ya formalmente en el área educativa. Estuve en escuelas secundarias rurales como orientadora. En ese contexto el orientador tiene como función escuchar a los chicos, mediar entre ellos. Así, me tocó ver lo que primero reporto en la tesis y después en mi libro, toda una serie de conflictos, problemas de convivencia, de competencia, violencia física por pleitos entre las chicas por un muchachito. Entonces, como orientadora, estuve en esta posición por casi seis años.

Pero, las frustraciones por sentir que me faltaban algunos elementos técnicos para poder mediar de una mejor manera, me llevaron a buscar una mejor formación como terapeuta. Entonces, a partir de mis inquietudes por las cuestiones terapéuticas, hice una maestría y me formé en terapia familiar. Al mismo tiempo abrí un espacio grupal, tenía mucha experiencia en trabajo grupal, porque me formé en trabajo grupal desde muy joven, entonces era de las pocas psicólogas de la región que podía trabajar con grupos. Comencé a trabajar con grupos, parejas, familias e individualmente. Hice un modelo de trabajo. Mi tesis de maestría reporta ese modelo y el análisis de la historia de vida de mujeres.

Cuando paso a vivir en el Distrito Federal con mi familia, comienzo a trabajar directamente con la cuestión de la violencia. Eso me permitió retomar la labor que ya venía haciendo como educadora e integrarla a la labor como terapeuta. Actualmente yo trabajo en una universidad privada de la organización “ORT-MÉXICO”.

Ilana Lemos de Paiva: A partir de su trabajo sobre el tema de la violencia entre niños, niñas, así como, sobre la construcción de la sociabilidad de los adolescentes, ¿cuál relación valora que existe entre ambas cuestiones, a saber, cómo se asocia la violencia con la construcción de la sociabilidad en los adolescentes hoy en día?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Cuando se empezó a forjar mi tesis, yo decía: “vamos a trabajar violencia”. Pero es muy difícil que te llamen por el reconocimiento de un acto violento. Además, los actos más violentos, físicamente violentos, quiero aclarar, suelen suceder fuera del espacio escolar. Estamos hablando de chicos de escuela pública. Pero también en las escuelas privadas se dan fenómenos semejantes, mediados de otras maneras, tal vez con otros recursos. Me han contado las madres de familia de un colegio provado, por ejemplo, que los niños a veces ponen a pelear a sus guardaespaldas.

No se puede encontrar un evento de violencia en el momento en que acontece. Entonces, desde la posición en la que yo estaba en el servicio de orientación, empiezo a observar la relación y el despliegue de las interacciones en general entre niños y niñas: primero de amistad, hermandad, convivencia, el “somos compañeros”. Luego, me percaté de que entre niños y niñas puede haber atracción o rechazo, aprendizajes de los dos géneros sobre cómo encontrarse, para saber cómo leer las señales y muchas veces esto produce una alta tensión y la relación se torna ofensiva, brusca. Se crean ahí disparadores de violencia en las interacciones entre ambos sexos. Además, en las zonas donde hice este trabajo de campo son zonas de origen rural que se fueron urbanizando, pueblos que la ciudad absorbió. Hay en estos pueblos una serie de formas tradicionales de ejercicio de los roles de género que los chicos dicen sostener, y, de cierta forma, lo hacen: se vigilan mutuamente, entre ellas vale ser decentes, entre ellos ser muy machos.

Pero en la hora de las interacciones en la secundaria, influyen otros modelos, a partir del uso de dispositivos electrónicos, también a partir de los comportamientos de los docentes, que no pudieron ser analizados porque no es permitido. No te permiten analizar cómo el docente responde o se ausenta ante la interacción violenta. Si te fijas bien, lo que yo reporto y analizo acontece en la ausencia de los docentes. No sólo porque no te dejan trabajar y observar cómo el docente puede intervenir en la sociabilidad grupal, sino porque, efectivamente, en las escuelas públicas hay un alto nivel de ausencia docente. Y esto redundaba en que no hay adultos que estén conteniendo, apoyando, estableciendo límites que los chicos han de respetar. Entonces, este es un elemento que llamo “abandono” o “ausencia”, que está favoreciendo y facilitando que estos eventos violentos se den en la vida íntima grupal.

Antes de estar en el área de orientación estuve en otras áreas de observación en la escuela y me fui haciendo parte del paisaje. Se acostumbraron a mí, a verme allí, por saber que era psicóloga me demandaban que interviniera en determinadas situaciones. Así pude ver que todos están saturados, la cantidad de personas disponibles se ahoga ante las demandas de atención. No hay realmente una función de atención, de escucha, de diálogo, de encuentro. Tuve esa oportunidad de observar porque estuve en planteles rurales, pero el Distrito Federal es denso, pesada la convivencia, tardados los traslados, violenta la interacción.

Entonces, volviendo a la escuela, esta fue la forma en que percibí que se da la relación entre los chicos y las chicas, las atracciones y rechazos, en medio de un ambiente cargado de violencia por un montón de situaciones sociales. El grupo también interviene, porque, cuando hay relaciones de atracción, que se dan de manera natural, y las hormonas intervienen en la etapa de experimentación (o como se quiera justificar), el grupo también se apropia de estas interacciones, las discute, las controla, toma partido. Entonces, no es solamente una relación entre un chico y una chica, sino también lo que las dos partes, la parte femenina y la parte masculina del grupo, le está demandando a cada uno de los que están interactuando.

La pareja no interactúa en soledad. Están los amigos, están los rivales, están todos ahí interviniendo y, muy fácilmente, una situación de atracción se va convirtiendo en una situación de conflicto. Ahora, cuando las chicas del estudio hablan, si te fijas, se confrontan más entre sí, evidenciando problemas de rivalidades, de competencia, de busca de la centralidad en el grupo. El asunto de la popularidad, de la posición de influencia en el grupo, de tener importancia adquiere relevancia en la adolescencia para las mujeres. En este sentido encuentro matices en cuanto a las construcciones de las identidades masculinas y femeninas, las niñas están asumiendo formas más violentas, no sólo con los niños, entre ellas también.

Ilana Lemos de Paiva: También hemos percibido un cambio en los comportamientos de las chicas en el contexto brasileño. Me parece que las chicas están siendo más protagonistas en los actos de violencia, están más agresivas cuando se involucran en actos delictivos. ¿Cómo valora estas diferencias de género, en cuanto a los actos de violencia en que se involucran los chicos y las chicas, y las formas de manifestar esa violencia?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Los chicos me parecen más estables. Como parte del trabajo llevé un diario: al estilo de Malinowsky –, para discriminar lo que me movía, registrar las observaciones, el trabajo, también le escribía antiguos compañeros de la escuela para sopesar mis percepciones. Con base en eso te puedo decir que observo más estabilidad en los chicos, que, si bien siguen buscando afirmar su masculinidad y juegan pesado, también tienen la posibilidad de resolver las diferencias de una manera, aunque superficial, más ecuánime, es como si dijeran: “finalmente todos somos hombres, somos cuates, estamos aquí, me sigues cayendo mal, pero no voy a llegar contigo hasta tal punto”.

Pero las niñas no. Las niñas conservan el rencor, no olvidan la posición de competencia. Las niñas están también en esa búsqueda de equidad fundada en el discurso que les hemos transmitido en los últimos treinta años: las mujeres pueden, las mujeres lo logran. Estos discursos están resultando en posiciones más duras en esta búsqueda de equidad. Existe predisposición de las chicas a conductas de faltas de respeto entre ellas y con relación a los chicos, porque observé que ellos tratan de respetar el discurso, “a la mujer no se le toca, a la mujer no se le pega, tú no puedes lastimar a la mujer”. Se sienten confundidos ante ellas. En mi libro narro cómo las niñas los tocaban y ellos quieren evitar el conflicto, a la vez que no quieren perder la atención que pueden despertar como hombres, porque se interesan por estas cuestiones, al igual que las chicas.

Pero creo que falta un trabajo más claro con los adolescentes, dada la necesidad de ayudarles a hacer las cosas de manera reflexiva, a relacionarse con contención, si bien hay cierta contención en el grupo, existe una regulación grupal e individual, pero es necesario pensar, ¿qué vamos a hacer en estas instituciones?, porque los chicos están diciendo que los adultos son los grandes ausentes.

Ilana Lemos de Paiva: En las escuelas brasileñas, nosotros nos hemos dado cuenta de que la indisciplina es muchas veces considerada por los docentes como violencia escolar. Esto acaba interfiriendo en las estrategias de resolución de conflictos en las escuelas. Pudiera hablarme un poco, en medio de este contexto de ausencia de los educadores, ¿cómo es que ellos lidian con los problemas de indisciplina y violencia? A saber, ¿cómo valora usted esta diferencia entre indisciplina y violencia y cuál ha sido la postura de los educadores mexicanos ante esta problemática?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Esto lo responderé a partir de registros que no están en el libro, ni en la tesis, ya que existen muchos más registros de los que se pudieron trabajar en la tesis. Estamos hablando de escuelas públicas. Los maestros de la escuela pública en México tienen condiciones muy precarias, sufren una gran inestabilidad laboral ya que al comenzar los contratos son solo de 3 meses y el sindicato del sector, que es el más grande,

hace manejos anti-democráticos, así como el grupo opositor, y los líderes locales de los grupos sindicales piden intercambios sexuales a cambio de otorgar una plaza o venden plazas, por ejemplo. Entonces, el inicio en el trabajo para el docente marca la entrada a un trabajo inseguro. Ya establecidos en el contexto laboral siguen los conflictos. También percibes que se dan acercamientos afectivos entre los docentes, que muchas veces generan muchas confusiones y los chicos lo están viendo todo, absolutamente todo: si tú tomas medicamento psiquiátrico, si tú tienes problemas con tu marido, si tú tienes rivalidad con un docente. Los alumnos lo saben todo. En mi práctica he encontrado maestros que, en vez de dar la clase, hablan de sus vidas, relatan sus problemas, se desahogan con los chicos, usan el escenario docente como un espacio de desahogo. También he encontrado maestros que con toda la conciencia y luchando contra toda la adversidad de las condiciones de contratación se comprometen. Luego de una evaluación hecha, llegué a la conclusión de que a los 4 o 5 años, en las 4 escuelas observadas, en 4 o 5 años de trabajo docente, los maestros empiezan a enfermarse o renunciar.

Físicamente se queman muy rápido, maestros muy jóvenes, con formación universitaria. Los docentes están quemados, están cansados, están saturados. Ellos tienen que responder a múltiples tareas y demandas administrativas que los saturan, con métodos que llevan a una convivencia tensa entre ellos. Ellos compiten, se agreden, forman grupos y los grupos chocan. Entonces llegan a clase cansados.

En los planteles, yo puedo decir que hubo un caso en que el segundo grado tuvo solo el 50% de las horas clases aproximadamente durante todo el ciclo escolar, porque el resto del tiempo los docentes de esos grupos faltaron. Las causas son varias, por comisión sindical, por enfermedad, por permisos. Algunos de los alumnos los superan en estatura. Me tocó ver un maestro de español que media menos de 1,50 m. Los niños no querían oírlo, lo acosaban. Hay mucha demanda de afecto y atención. La mayoría de los docentes que vi perdieron el control grupal, la noción de cómo controlar el grupo. Ellos están saturados por la cantidad de cursos que deben recibir. A la forma de capacitarlos le llaman aquí cursos de “multiplicación” y consiste en que un representante de cada escuela pasa un curso y lo tiene que dar a los otros compañeros. Esta no es una transmisión confiable y hay falta de experiencia por parte de los docentes que están solos. El maestro está aislado.

A la vez, los padres cada vez observan más, demandan más, amenazan a los docentes: “si no hace esto, si no hace lo otro, yo soy del partido tal, yo soy amigo de tal autoridad municipal, o tal autoridad gubernamental, o tal autoridad educativa”, y amenazan su fuente de trabajo, su clase. Entonces, hay una pérdida de la confiabilidad de las figuras de autoridad.

El padre demanda de la escuela que haga lo que él no puede hacer. La escuela demanda a las madres que estén presentes en el aula para regular la conducta indisciplinada de su hijo o hija. En un contexto como este tengo registro de entrevistas que evidencian que los chicos – que aquí llamamos “niños de llave” – también están solos: “en la mañana te llevo a la escuela y te dejo, te vas a la casa, llegas con tu llave, entras, tu comida está preparada. Si no, prepara lo que puedas y yo llego en la noche”. En otro nivel económico, se repite el problema: “te atienden otros, no yo”. Entonces, hay vivencias de aislamiento, de soledad, de falta de convivencia y todo esto afecta tanto a los docentes como a una gran parte del alumnado. Yo no digo que los padres tengan la intención de abandonar, ellos traen sus propias cargas. Así, todo se convierte en un proceso de sobrecarga, ante el cual preferimos disimular la situación, en lugar de integrarnos, dialogar, buscar soluciones y apoyo mutuo.

Entonces, te digo que es una situación compleja. Si en vez de buscar culpables, buscamos entender cómo estamos faltando a nuestra responsabilidad, cómo desempeñamos el rol que decimos haber asumido, entonces dejamos de simular y sí

actuamos. Pero en este país, en estos momentos, la base de la mentalidad popular es la frase “sálvese quien pueda”. Vivimos con muchas amenazas, hay muchos riesgos, entonces las personas prefieren simular y “sálvese quien pueda”. He observado el deterioro de la calidad de la enseñanza con la entrada de la tecnología, porque se usa para restar responsabilidad al docente, para no profundizar, para no asumir el conocimiento y aprender a transmitir lo que comunica el video o la tele clase. Toda esa complejidad está actuando y se requieren más acciones, que sean más globales. Si nosotros vamos a hablar solo de la violencia, sin asumir una perspectiva de análisis más compleja, sin hacer un diagnóstico psico-socio-cultural, sin revisar las prácticas pedagógicas, volveremos a lo mismo: comprar un paquete pedagógico tecnológico, y decir “esta es una maravilla tecnológica que va resolver todos nuestros problemas”. ¡No es por ahí!

Ilana Lemos de Paiva: Cambiando un poco de temática, a partir de tu experiencia, ¿cómo los medios de comunicación han tratado las manifestaciones de violencia juvenil? En Brasil, tenemos un problema muy grande con esto, hay muchos estereotipos, muchos estigmas sobre los temas juventud y violencia.

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: En ese sentido, Brasil y México se parecen mucho, no solo en cuanto a su diversidad biológica sino también cultural. Yo quiero hablar de dos cuestiones. Tu pregunta se refiere a la violencia social. Pero hablemos de violencia social y escolar. Los medios se hacen más eco de la violencia social cuando hay manifestaciones. Los grupos de manifestaciones de jóvenes que destrozan tiendas, marcan la ciudad con letreros, violan monumentos nacionales, destrozan edificios antiguos. Entonces aparecen dos versiones. A través de los medios la que más se transmite es: “Estos son anarquistas guiados por tal líder”. Pero las redes sociales, sobre todo Facebook o las cuentas en Twitter, generan un movimiento que combate este estigma. Últimamente hemos tenido, desde el inicio de año, una serie de manifestaciones por el gasolinazo, por la ascensión de Trump al poder, que está creando una crisis comercial, migratoria. Estas manifestaciones seguidas por personas a través de Facebook y las redes sociales, develan cómo gobiernos locales y estatales disfrazan a sus agentes de la policía como civiles y los introducen entre los manifestantes para desatar la violencia, la engendran y promueven. Muchas veces no son los jóvenes, pero se les etiqueta de la misma manera. Sabemos también, que existieron en el pasado, y no creo que dejen de existir, grupos de jóvenes de colonias populares que están bajo el control de líderes de partidos políticos que también han contribuido para generar violencia. Estos jóvenes, no sé si lo hacen por convicciones, pero se sabe que lo hacen por dinero y se trata de otro tipo de violencia social.

Otro elemento es el acceso de los jóvenes a los espacios del narcotráfico. Ellos son captados desde muy jovencitos, 13 y 12 años, saliendo de la primaria o en el inicio de la secundaria. Son captados no solo para el consumo, sino también para el tráfico, la venta. Hay chicos de secundaria, que trabajan y ganan dinero del narcotráfico, porque les pagan una moto pequeña, para que observen y avisen en caso de riesgos, como vigías. Entonces, en las situaciones de pobreza esto es cambiar de estatus. Así tienen mejores condiciones de vida y te llegan a decir: “puedo vivir poco, pero quiero vivir bien”.

Ahora, en cuanto al asunto de la violencia escolar. Dentro de la escuela hay drogas, hay consumo, hay tráfico. Pero en esto no solo están involucrados los chicos. La violencia escolar recientemente está haciendo objeto de atención y preocupación de los gobiernos. Porque, no sé si ha llegado a Brasil la noticia de que aquí ya se ha presentado el primer caso de un alumno de una escuela privada secundaria que baleó a sus compañeros y a su maestro. Esto fue en Monterrey, hace dos semanas y media.

No hay más datos, porque han sido muy cuidadosos. Yo creo que es el gobierno del estado quien está dando órdenes de que primero se investigue con detalle, se protejan las familias y los padres del chico. Afortunadamente todos los heridos sobrevivieron. Hubo

quienes subieron el video del hecho a las redes sociales, luego se eliminó. Pero el hecho es que estamos ante un episodio tan sórdido, aparentemente abrupto. Se supo el nombre del chico. Creo que los padres ofrecieron donar sus órganos porque el chico baleó a sus compañeros y maestro para luego suicidarse con un balazo en su boca que le provocó muerte cerebral. Eso lo hace un donante privilegiado, los padres deciden donar su corazón y los riñones. Entonces, a raíz del caso grupos de investigadores con los que tengo relaciones expresan: “Bueno, no basta investigar, hay que intervenir. Escucharlos”. Mi co-directora de tesis, la doctora Claudia Saucedo, ha desarrollado un trabajo de intervenciones en secundarias desde la Universidad Autónoma de México en la escuela nacional de Iztacala, por más de 20 años. Pero es una de las pocas a las que se le ha ocurrido que el acceso a los adolescentes necesita ser continuo y en un proceso, digamos, de intervención y de investigación vinculados.

Ilana Lemos de Paiva: Usted me cuenta que ha realizado durante algunos años consultorías. Entonces, ¿cómo cree que las investigaciones que hacemos desde la universidad sobre los temas juventud y violencia pueden contribuir para la construcción de políticas públicas para la juventud?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Una gran carga de responsabilidad en esto está en nosotros. No sólo podemos contribuir, sino debemos hacerlo. Pero, ¿qué debemos hacer? Debemos buscar la forma de que nos escuchen. Empecemos por la construcción de las conclusiones de nuestras investigaciones. Debemos hacerlas accesibles. Así como se dice que la universidad debe establecer vínculos con la industria y la producción, la universidad debe establecer vínculos con los sectores donde está desarrollando sus investigaciones. No podemos llegar a la escuela, observar y decir adiós.

Las escuelas están inquietas y necesitadas de apoyos, de aportes. Pero, el problema son los recursos. El investigador a veces no puede dar este servicio porque no existen los recursos materiales y económicos para darlo. Las escuelas están saturadas. Las autoridades quieren – esto aquí en México es muy evidente – soluciones rápidas. Quieren que en doce sesiones de terapias la mujer salga de la violencia; que en doce sesiones de terapias el hombre deje de ser machista; que en una o dos pláticas con los alumnos – la mayoría de las pláticas son sobre adicciones y violencia y duran 45 minutos – se logren efectos. Entonces, tenemos que evaluar las estrategias con las que queremos entrar en las instituciones. Tenemos que elaborar conclusiones más claras, más accesibles, recomendaciones reales, no sólo por cumplir con los requisitos académicos de elaborarlas.

Creo que se trata de compromiso, con nosotros mismos, con nuestra profesión, con las instancias que nos permitan entrar, de manera objetiva. Construir instrumentos que puedan ser accesibles a la cultura escolar y la mentalidad docente. Yo creo que más que un trabajo de intervenciones, es un trabajo de intervenciones en mentalidades. Todo esto tiene un origen en nuestras tendencias, en nuestras maneras de organizar, de juzgarlos.

Una de mis lectoras de tesis, Cecilia Fierro, planteaba que existen distintos niveles de profundidad. A veces las escuelas quieren una intervención superficial para decir hicimos una plática, hicimos algo. A veces quieren cambiar una cosa específica y solicitan una intervención concreta. Pero a veces quieren cuestionar la cultura escolar. Entonces, eso conlleva un trabajo profundo de cambio y concientización y adopción de nuevas formas de relación, de acciones pedagógicas distintas, es un cambio cultural. En estos sentidos, creo que podemos lograr algo. Soy de las que dicen: “si la escuela quiere, entonces, a vamos comprometernos”. Pero muchas de las escuelas están limitadas.

Ilana Lemos de Paiva: Me gustaría que usted hablase un poco sobre un tema muy importante para nosotros, las discusiones acerca de las políticas de encarcelamiento de la Juventud. ¿Cuál considera que son las diferencias y similitudes entre México y Brasil en este asunto? ¿Cuáles son las consecuencias para la juventud de la reducción de la edad penal y las políticas de encarcelamiento cada vez más duras para los jóvenes?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Aquí en México se bajó la edad penal a los 16 años hace ya tiempo. Un factor importante es que en las cárceles mexicanas: en la gran mayoría, no existe un programa de verdadera rehabilitación. Entonces, el ingreso en la cárcel es un ingreso en la universidad del crimen. Se dan aprendizajes importantes en una edad muy joven a partir de la convivencia con adultos ya más formados, por lo que la entrada a la cárcel fortalece la pertenencia a las redes del crimen. Yo creo que la principal injusticia es que: “sí puede venir a la cárcel, pero no puede votar”. Porque la edad para participar de la votación es 18. Entonces, puedes venir a la cárcel, pero no tienes derechos ciudadanos.

Ilana Lemos de Paiva: En Brasil, es lo contrario, el joven puede votar con 16 años, pero puede ser apresado solo a los 18.

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Y existen las llamadas comunidades para adolescentes que son los antiguos reformatorios, los cuales también tienen muchos problemas. En ellos se aplican modelos de rehabilitación y se saturan fácilmente. Son pocas, aquí cerca de casa hay una en la que se han dado revueltas, no deja de haber consumo de drogas. Incluso en una de estas revueltas me tocó ver que habían lanzado bombas Molotov. Existen, entonces, estos recursos. Aquí en México, cuando el joven entra al sistema de la cárcel o de la comunidad para adolescentes, se encuentra con que estas no tienen verdaderos programas de rehabilitación.

Hay pequeñas luces que vienen de las organizaciones de la sociedad civil que han llevado a algunas cárceles algunos pequeños programas. Estos se sustentan con sus propios recursos, programas de formación para el trabajo. Recientemente, una iniciativa privada de un actor y de una sociedad civil, desarrollaron en el periférico de la ciudad jardines verticales y las mallas de estos jardines verticales fueron hechas por las mujeres de la casa penal de Santa Marta. Estos programas implican un análisis global de diferentes factores. Entonces, te hablo de una acción que implicó intervenir un espacio de manera más ecológica, mirar a los presos y focalizar el aspecto ecológico. Creo que esta visión nos falta. Ahora, volviendo al asunto de edad penal, estamos ante un problema de Derechos Humanos, porque acontecen muchas violaciones de los derechos, principalmente, porque la rehabilitación no acontece y no cumple su función.

Ilana Lemos de Paiva: Hay una cuestión en la que creo que sería interesante pensar, se trata de las redes de investigaciones en América Latina. Tenemos realidades muy cercanas desde el punto de vista cultural, político y, principalmente, en torno a la juventud, que sufre la falta de trabajo, la violencia etc. ¿De qué manera cree que los investigadores de América Latina pueden aprender unos con los otros, entre ellos? ¿Cómo trabajar juntos en la búsqueda de soluciones para estos problemas?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: El Sistema Nacional de investigadores que existe aquí, me parece injusto. Se fija más en cuántos artículos hiciste al año, que, si has escrito un libro, por ejemplo. Pero esa no es la cuestión. Tú me preguntas qué hacemos nosotros. Pues primero, estar comprometidos con nuestra función. Formarnos efectivamente para cumplirla; tener la capacidad de apertura, de diálogo y humildad.

Muchas veces nos formamos con modelos que no nos pertenecen. Se forman investigadores latinoamericanos como si fueran norteamericanos, estadounidenses. Como si tuviéramos todos los recursos que hay en los Estados Unidos. Me parece incoherente, inconsistente e incongruente. Igual acontece con el idioma, está la demanda de “tienes que aprender inglés” porque este es el idioma del conocimiento, no portugués, ni francés, solo inglés. Entonces, la búsqueda del conocimiento no se puede realizar en otros idiomas, no podemos aspirar a un diálogo con otras culturas más allá. Pues, busquemos una auténtica multidisciplinariedad e interdisciplinariedad, basadas en el compromiso, el

compartir, el cuestionarnos con respeto. ¿Por qué no podemos dialogar también entre las ciencias humanas y las ciencias duras? ¿En qué nos pueden contribuir? ¿Un economista puede contribuir en torno a la cuestión de la violencia? ¿Sabes que hay físicos que contribuyen con la física social?

Entonces, tenemos que revisar, refundar, no sé. Pero, esperemos que nuestros coordinadores no lo sientan amenazante. ¿Cómo lo vamos a plantear de manera amistosa, de manera respetuosa, de manera cuidadosa? Que no deje de haber impulso, entusiasmo y amor por la labor.

Iliana Lemos de Paiva: Recordé a los estudiantes desaparecidos de México, un acontecimiento con repercusión mundial. Entonces me preguntaba durante su entrevista, ¿Qué cree que la juventud puede hacer para resistir? ¿Cuáles pueden ser modos de resistencia?

Juana María Guadalupe Mejía-Hernández: Yo confío más en el impacto local de las acciones de los jóvenes. Un grupo de una minoría activa en un escenario local puede hacer – yo creo – más impacto para los niños que los miran, para los adultos que los juzgan, que una gran revolución de los jóvenes. Yo no sé a ciencia cierta qué pasó con estos chicos, es muy oscuro lo que pasó. Te puedo decir que no son los únicos. En este país ha habido muchas desapariciones de jóvenes que estaban en luchas significativas. Una de las desapariciones más burdas fue la del 68, en México. Este acontecimiento fue mayor que lo de Ayotzinapa. No fueron 43, fueron cientos. Entonces, se puede ir registrando eventos donde los jóvenes son actores, porque es una etapa de la vida en que se cuestionan todo, tienen que encontrarse a sí mismos, ubicar su identidad individual dentro de un contexto social y asumir también una identidad colectiva. Este cruce entre la identidad individual y colectiva tiene que ser una bisagra muy sana y bien aceiteada. Por eso digo que la vuelta a escenarios locales, con minorías, grupos bien consolidados, que tienen un propósito, puede dejar algo a la sociedad y puede dejar algo a la experiencia personal de los sujetos. Porque durante la adolescencia y la juventud puedes mezclarlo con gente de otros grupos sociales y otras culturas y volver luego a tu mundo con otras riquezas, con la experiencia de haber escuchado a otros distintos a ti, lo que te brinda tolerancia, capacidad para entender otras mentalidades, ser más abierto, reflexionar y ser crítico.

Entonces, ¿qué podemos hacer con esta juventud? Alentarla a que participe. Cualquier forma de participación que permita una colaboración colectiva es una participación política porque el poder se comparte, se ejerce aquí, en el contexto más próximo. Yo dudo que en estos momentos la participación política de los jóvenes en partidos políticos sea una de las mejores formas de participación política, se puede participar en la lucha por tener cierta influencia en un movimiento ecologista local en defensa de una zona, que cree espacios deportivos, que los lleve a buscar mejores condiciones de vida. Por ejemplo, conozco un muchacho de 29 años, agrónomo, líder de su comunidad, sabe el trabajo del campo, lo trabaja con sus propias manos, sabe dialogar con gente de su edad y mayor, no se tituló a la edad esperada a los 22 años, pero ha trabajado las tierras, conoce a su pueblo, dialoga con la gente. Todo el transcurso de su vida de joven que ya está terminando, este joven mestizo ha sido un ejemplo de alguien que se cuestionó, trabajó y dijo, “necesito ser útil a mi comunidad”, no por un estatus, sino por la búsqueda del verdadero conocimiento para ponerlo en función de su comunidad de origen. Él se propone que el poder compartido sirva en la lucha por la soberanía alimentaria, contra la contaminación de los ríos, del aire.

Me entusiasma que los movimientos de los jóvenes en estos escenarios locales se integren con personas en otras etapas de la vida. Ellos van a dejar de ser jóvenes algún día. Fueron niños, ahora son jóvenes que están cuestionándolo todo. Aprovechemos la energía de la juventud, de la adolescencia, en este lugar social desde donde cuestionarse el estatus quo, puede servir para aprender sobre todas las etapas de vida.

El otro día discutía una alumna en clase: “Bueno, ¿y qué es ser adulto??”. Les dije: “Freud decía que es amar y trabajar. Es establecer una pareja y tener trabajo fijo”. La alumna dijo, sí, pero aquello era entonces, ahora, además, hay que ser conscientes. No basta el trabajo, la pareja. La pareja se puede cambiar, el trabajo se puede cambiar. Pero la toma de conciencia no, la empezaste y no la puedes acallar. Entonces, creo que iría por ahí, alertar esa toma de conciencia a través de las experiencias, de las acciones. A veces actuar te lleva a la toma de conciencia mejor que la teoría. Te dicen una cuestión teórica, te vas a tu casa y sigues viviendo tu vida como si nada, repites lo teórico como quien repite una canción que se oyó en la radio, sin entender. Es mejor abrir espacios de experiencias de trabajo colectivo, de trabajo conjunto en escenarios locales, que se apoyen y se lleven de manera reflexiva, ganando poder, poder en conocimiento, en cuanto a las relaciones, en cuanto al impacto social, en la toma de decisiones.

Ilana Lemos de Paiva: Estoy muy agradecida por tu contribución tan especial a la Revista DESidades en nombre del todo equipo editorial.

Resumen La violencia entre adolescentes debe ser comprendida como parte de sus relaciones, como expresión de la sociabilidad y de los procesos de socialización y subjetivación a través de los que se construyen la identidad social y de género. Os actos de violencia practicados entre ellos van mucho más allá de la violencia física. Al buscar su lugar en el espacio social, muchas niñas también han tomado la senda de las interacciones sociales basadas en la crueldad y el abuso, como los niños. Los adolescentes retan a las escuelas y a los profesores que poco pueden hacer para transformar efectivamente el contexto de violencias propio de la cultura escolar contemporánea.

Palabras clave: violencia, adolescentes, relaciones sociales, subjetividad, identidad.

FECHA DE RECEPCIÓN: 26/01/2017

FECHA DE ACEPTACIÓN: 14/02/2017



Juana María Guadalupe Mejía-Hernández

Psicóloga y Doctora en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas, docente de las maestrías en Educación y en Psicología de la Universidad Tecnológica de México (UNITEC). Docente en las Maestrías de Educación Ambiental e Innovación Educativa del Centro Universitario ORT, México.

E-mail: juanismh@gmail.com



Ilana Lemos Paiva

Doctora en Psicología Social, docente de la Universidade Federal do Rio Grande do Norte (UFRN), Brasil. Coordina el Centro de Referencia en Derechos Humanos (CRDH) y el Observatorio de la Población infanto-juvenil en Contextos de Violencia (OBIJUV), ambos en la UFRN.

E-mail: ilanapaiva@hotmail.com